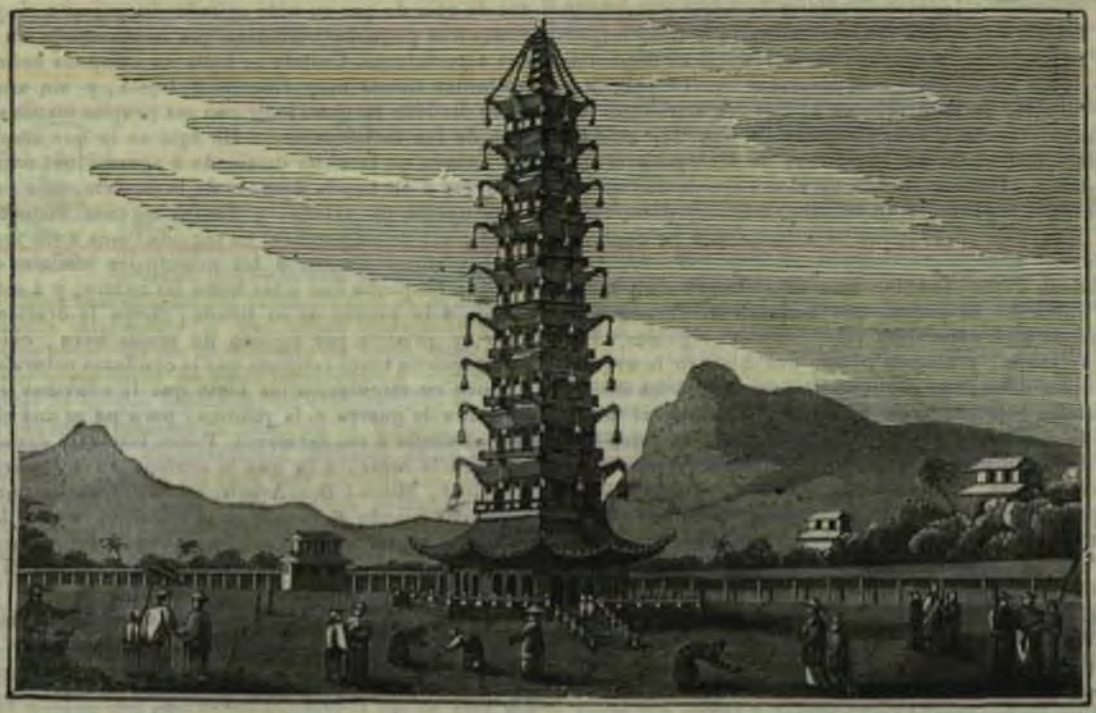
VIAGES.—LA CHINA.



(La torre de porcelana de Nanking.)

Esta magnífica torre se halla situada en el centro de Nanking, segunda ciudad de la China: se compone de nueve cuerpos todos de igual construccion, el último de los cuales se halla á tal elevacion que hay que subir para llegar á él 184 escalones de dimensiones no muy proporcionadas. Todo el esterior de la torre es muy brillante, y está pintado de colores verde, rojo y amarillo. En los intermedios de las ventanas hay nichos con imágenes, segun el gusto de los chinos, y el interior está perfectamente alumbrado y perfumado. Las nueve bóvedas son de color verde, y las esquinas de las galerías salen considerablemente hácia fuera, colgando de cada una campanillas de metal sonoro que producen un sonido agradable cuando las columpia un viento suave, del mismo modo que segun Tácito sonaban las del prodigioso templo de Memnon de Tebas en Ejipto. Termina esta torre en una especie de pirámide maciza, y por consiguiente no se puede subir á ella sino por el esterior, y desde el globo en que remata descienden ocho cadenas aseguradas en los ocho ángulos salientes. La perspectiva que se presenta á la persona situada en la última galería debe ser admirable, porque no solo se vé toda la ciudad, sino todo el pais alrededor hasta la otra parte del Kianga, y no es facil imaginar el grandioso espectáculo que ofrecerá una ciudad tan populosa, un territorio tan fertil y animado y un anchuroso rio cubierto de naves que surcan en todas direcciones.

Este bellísimo edificio tiene de elevacion 220 pies castellanos, y se le ha dado el nombre que le distingue por estar cubierto todo su esterior con porcelana de los chinos, muy superior á los azulejos de la Alhambra de Granada y de algunos edificios de Sevilla.

La incomunicabilidad de aquella caprichosa nacion no permite afirmar á punto fijo el origen de aquella prodijiosa torre. Hay quien asegura que fue inventada para templo; pero lo reducido de sus estancias hacen inverosímil este aserto, por lo que parece mas creible haber sido construida como monumento público de algun acontecimiento nacional. No falta tambien quien afirma que aquel edificio fue erigido en conmemoracion de una victoria obtenida sobre los tártaros; pero tampoco es probable porque habiéndose apoderado aquellos del imperio en 1640 y arruinado la ciudad de Nanking, no hubieran dejado intacto un monumento elevado en memoria de su derrota; sentimiento noble que pocas veces anima á los conquistadores civilizados y casi nunca á los bárbaros.

8 de noviembre de 1840.

ABD-EL-KADER.

ABD-EL-KADER, el célebre guerrero africano, que tanto ha dado que hacer á los conquistadores de Argel, pertenece á una familia antigua de los marabutos, que hace remontar su orígen hasta los califas fatimitas: nació en Sidi-Mechidia, á las inmediaciones de Mascara: aquella poblacion es una especie de seminario en el que los marabutos sus antepasados reunian á los jóvenes de aquellos contornos para instruirlos en las letras, la teología y la jurisprudencia. Hállase situada en el declive de una elevada montaña, y presenta un aspecto risueño y pintoresco, en el que todo predispone al estudio y á la contemplacion.

Abd-el-Kader fue tan bien educado como un árabe puede serlo por su padre, que halló en él el poderoso auxiliar de una naturaleza inteligente y vigorosa. Era aun muy jóven, y ningun pasage del Alcorán le era difícil, antes bien, sus esplicaciones escedian á las de los mas hábiles comentadores. Se entregó tambien al estudio de la historia y de la elocuencia, y así es, que en el dia es justamente reputado por el hombre de mas talento en su pais, ventaja inmensa entre los árabes. Conoce perfectamente no solo la historia de su pais, sino la europea en aquellos puntos en que tiene algun contacto con la suya.

No descuidó tampoco los ejercicios corporales, y se le tiene generalmente por el mejor ginete de Berbería. Finalmente, á la edad de 25 años se hacia notable por todas aquellas escelentes cualidades que los hombres desean ver en aquellos que ponen á su frente.

Tiene en la actualidad 32 años, su talla es mediana, grueso de vientre, su fisonomía afable é imponente, sus ojos hermosos, su barba negra y poco poblada, sus dientes desiguales y con algunas manchas azuladas, sus manos hermosas y cuidadas con esmero: suele inclinar un poco la cabeza hácia el hombro izquierdo: sus modales son afectuosos, y llenos de finura y dignidad: son muy raras las veces que se entrega á la cólera, y siempre sabe dominarse: todo su aspecto es muy seductor, y es difícil el tratarle sin cobrarle afecto.

Sin embargo de que su valor es grande, su espíritu es mas organizador que militar; y aunque su alma goza de un temple bastante fuerte en circunstancias penosas, no por eso ha dejado de esperimentar algunos momentos de abatimiento. Sus costumbres son puras y rígidas. No tiene mas que una mujer, y la ama con ternura. Su familia se compone de una hija de nueve años, y un hijo de cinco. Cuando vivia en la ciudad de Mascara, antes de la entrada en ella de las tropas francesas, habitaba una hermosa casa, pero que no era el palacio; vivia sin guardias, y como un simple particular. Todos los dias bastante temprano se dirigia al palacio ó beylik para entregarse á los negocios de la administracion, y dar sus audiencias, y por las tardes regresaba á su casa para vivir como hombre privado.

Viste con la mayor sencillez: su trage es el árabe puro sin ninguna especie de adorno ni distintivo de autoridad: en lo único que suele desplegar algun lujo es en sus armas y caballos: durante algun tiempo tuvo un albornoz cuyos flecos eran de oro: pero como uno de sus hermanos políticos á quien habia nombrado Kaid, de una poderosa tribu, desplegó con este motivo un lujo que escitó contra sí la emulacion, le hizo llamar, y despues de haber reprendido su conducta, añadió: «toma ejemplo en mí: yo soy mas rico y mas poderoso que tú, y sin embargo miras con que sencillez visto; ni aun quiero conservar esos miserables flecos que ves en mi albornoz»: é inmediatamente los cortó. Desde entonces no ha llevado sobre sí ni el mas mínimo hilacho de plata ú oro.

Abd-el-Kader consagra al estudio todos los momentos de ocio de que su vida agitada le permite disponer: posee una pequeña biblioteca que le acompaña en todas sus espediciones. Cuando se halla en campaña habita una magnífica tienda muy cómoda y lujosa, y sin embargo no se desdeña en contribuir con sus propias manos al trabajo de las fortificaciones. Hé aquí en lo que emplea el dia cuando no le tiene destinado á operaciones militares: al llegar á su tienda despues de la jornada, solo deja en su compañía un criado, y destina algunos momentos á la limpieza de su persona: en seguida llama á sus secretarios, y sucesivamente á los principales oficiales de sus tropas; despacha con ellos hasta las cuatro, y á esta hora sale á la puerta de su tienda; dirige la oracion pública, y predica por espacio de media hora, cuidando de escoger un texto religioso que le conduzca naturalmente á poner en circulacion las ideas que le conviene esparcir sobre la guerra y la política: pero no es una obligacion el asistir á sus sermones. Pocos instantes despues se sienta á la mesa, á la que le acompañan su secretario principal, Milond Ben-Arach, su confidente íntimo, sus hermanos cuando se hallan en el ejército, y uno de sus agás: los manjares que le sirven son poco numerosos, pero buenos y preparados con esmero. No fuma ni toma tabico, y hace muy poco uso del café.

Aunque tiene ideas de religion no las lleva hasta el fanatismo. No tiene el entrar en cuestiones teológicas con los cristianos, y lo hace con política y sin acritud: es hombre de bien, y tiene principios de moralidad bastante razonables: cumple sus palabras con exactitud, aunque en la parte diplomática es fino y astuto. Gobierna á los árabes con dulzura y justicia: nada dista mas de su carácter que la crueldad, y siempre que le ha sido posible se ha mostrado indulgente y generoso para con sus enemigos. Solo dos han sido condenados á muerte durante su administracion, y eso fue despues de juzgados; el Cadí de Arzew, y Sidi el-Gomary cheik de Aegand, que fue ahorcado en Mascara en agosto de 1835: aunque se dijo que habia hecho ahogar á Sidi-el-Aribi, este gefe, que habia sido legalmente condenado por traicion, murió en su prision del cólera morbo.

La conversacion de Abd-el Kader es animada y á veces brillante. Mr. Allegro, oficial de estado mayor del general Trezel, hallándose en conversacion con el Emir pocos dias antes del rompimiento de las hostilidades, le aconsejaba con destreza que desistiese de parte de sus pretensiones, con motivo del tratado de paz del general Desmichels, y trataba de probarle que no debia dejarse seducir por los halagos de la fortuna hasta el estremo de aspirar acaso á una cosa fuera de su alcance: «Allegro, le dijo el Emir, hace tres años que no era yo otra cosa que uno de los cuatro hijos de mi padre; cuando mataba á un enemigo en un combate me veia obligado á apoderarme de su caballo y de su equipo para aumentar mi fortuna. Ya ves lo que soy en el dia, ¿y quiéres que no confie en mi poder»?

Abd-el-Kader solo aparenta envidiar á la Europa las perfecciones materiales, y se le dá bien poco de nuestra civilizacion: le agrada oir hablar de los actos de go-

hierno de Bonaparte, y lo que mas admira en él no son sus triunfos militares, sino el órden que al salir de un trastorno general supo establecer en sus estados.

En su vida privada es económico en demasía, pero como príncipe sabe gastar con oportunidad. Solo tiene algunas ideas inexactas sobre comercio y rentas.

CRITICA LITERARIA.

La *Historia de la civilizacion española desde la invasion de los árabes hasta la época presente* (1), de la cual no han salido á luz hasta ahora mas que los dos primeros tomos, es una obra sumamente interesante, y que honra sobremanera á su laborioso autor. El Sr. D. Eugenio de Tapia, bien conocido por otras obras de suma importancia y utilidad, al acometer la de que hablamos, ha comprendido la necesidad que todos tenemos de hacer de la historia dos géneros de estudio, absolutamente distintos entre sí, por el diverso objeto que en cada uno de ellos nos debemos proponer. El primero, que hacemos comunmente en nuestra juventud apegados en la geografía y cronología, sin las cuales es casi inútil, pudieramos llamarle puramente *estudio*; puesto que tan solo nos sirve para adquirir el conocimiento de los sucesos notables que tuvieron lugar en diversos pueblos y naciones, la situacion y descripcion de estas, las diversas formas de su religion y gobierno, y las épocas en que se verificaron los trastornos sociales que han hecho cambiar la faz de esos mismos pueblos y naciones. Pero el estudio de la historia general no basta para llenar cumplidamente las condiciones que los verdaderos estudios nos imponen; ni la edad en que acostumbramos hacerle, sin toda la solidez y gran copia de ideas que para analizar y juzgar de los hechos se necesita, puede en manera alguna producir otros resultados que sastisfacer una curiosidad desprovista de examen y criterio: de aquí los muchos errores de todas clases en que frecuentemente incurrimos, autorizándolos no pocas veces con ejemplos históricos mal aplicados: de aquí los errores morales, religiosos, políticos, militares, administrativos y económicos; porque no deteniéndose el comun de los lectores á examinar las causas de que producen las vicisitudes de las sociedades que nos precedieron, las confunden todas, hacen aplicaciones inexactas, y forjan sistemas ingeniosos sobre principios falsos, que necesariamente deben producir falsas consecuencias en la práctica.

Todos esos inconvenientes los salvan las histórias parciales de cada uno de los elementos constituyentes de un gran pueblo; porque desentrañando aquellas mas detenida y minuciosamente que la general, las causas de prosperidad ó decadencia de una nacion determinada, aunque sin desentenderse de los vínculos que han debido estrechar sus relaciones con las demas, é influir por consiguiente en su destino próspero ó adverso, puede observarse en sus páginas con mas facilidad el enlace y conexion de los hechos; examinarlos aislados ó colectivamente, y formar juicios mas acertados sobre los singulares fenómenos que presenta la historia de la especie humana.

Es verdad que hay hombres á quienes basta la lectura de la historia general de un pueblo, para abarcar rápidamente aquellos pormenores que constituyen el total de los acontecimientos que tiene á la vista, para formar desde luego un juicio acertado acerca de su verdadero origen y del encadenamiento de las diversas concausas que han producido un efecto determinado; pero esos hombres son en corto número, y la mayor parte de los demas necesitamos que otro ingenio mas profundo y meditador ofrezca á nuestro entendimiento ese enlace oculto de los sucesos, para rectificar nuestro juicio, y mayor consistencia á nuestras opiniones, ya que no podamos pasar sin tener alguna, buena ó mala, acertada ó errónea.

A este grande y sublime objeto se han dirigido, en el presente siglo con especialidad, los esfuerzos de los filósofos. Entrando de lleno en la investigacion de los elementos morales que con mayor fuerza han debido caracterizar los fenómenos históricos, comunes bajo cierto aspecto á todas las naciones civilizadas, han procurado romper esa unidad de caracter, deslindar los rasgos peculiares de cada pueblo, y por cuales medios han concurrido, como de consuno, á dar ese caracter general á los acontecimientos mas influyentes en las modificaciones que han experimentado las sociedades cultas. Semejante la historia á un edificio inmenso, cuyo conjunto sorprende y embelesa la imaginacion, es natural que despues de haber recibido el ánimo sensacion tan agradable, *se recree* en examinar uno por uno los cuerpos de que se componen las partes que le sirven de adorno, su simétrica correlacion, y la concurrencia de todas á un pensamiento único, como único es tambien en la historia el punto á donde vienen á parar los varios acontecimientos que forman la unidad de su conjunto moral. Tarea tan grave y delicada se propuso desempeñar Mr. Guizot en sus lecciones sobre la *Historia general de la civilizacion europea*, bien conocidas de todos los amantes de las letras. Y aunque en ellas se descubre desde luego la profundidad del pensamiento y delicada crítica de tan recomendable escritor, parécenos sin embargo que el cuadro que trazó de los progresos de la civilizacion europea desde la irupcion de los bárbaros del norte hasta la revolucion francesa peca por diminuta en sus proporciones, atendida su cualidad de *historia general*, aun desentendiéndonos por otra parte del espíritu de nacionalidad que en ella domina, y que si bien es loable en sí mismo, perjudica en gran manera á la severidad y rectitud que debe reinar en investigaciones de tal cuantía que sobre ellas asientan los juicios definitivos de las cosas. Fuera de este inconveniente la obra de Mr. Guizot es digna de los elogios con que los sabios la han honrado.

Tal vez la habrá tenido presente el Sr. Tapia al escribir la que está dando á luz acerca de la civilizacion española; pero si bien el pensamiento es el mismo, aunque limitado á la historia de España, el plan es diferente, de mayor magnitud; y abrazando en su totalidad las épocas mas señaladas de los pasados siglos. Acaso se extiende alguna vez en la narracion de los sucesos mas de lo que la necesidad exije: y acaso se abstiene mas de lo conveniente de aventurar su propio juicio en algunos casos, dejando á los hechos que hablen por sí mismos. Esta conducta loable bajo muchos aspectos, y no pocas veces útil en ciertas ocasiones, que revela por otra

(1) Se vende en las librerías de Cuesta, Perez y Rios.

parte la cordura del escritor, adolece del inconveniente de quedar los hechos á merced de erradas interpretaciones; porque desgraciadamente no es muy crecido el número de los que puedan formar juicio acertado de las cosas. No seria difícil señalar multitud de opiniones equivocadas que precisamente, como ya hemos dicho, tienen su cimiento en hechos históricos malamente examinados.

A la erudicion y sana crítica con que está escrita la obra del Sr. Tapia reune la circunstancia de salir acompañada de varios documentos interesantes, asi por lo poco conocidos, como por la mayor ilustracion y claridad que de ellos reciben algunos puntos todavia no bien dilucidados de nuestra antigua historia.

No podemos menos de elogiar el acierto del Sr. Tapia en elegir como punto de partida de su obra la época en que los árabes se apoderaron de la mayor parte de nuestra península; porque realmente entonces comenzó á clarear en el horizonte español la aurora de su civilizacion y cultura. Los siglos anteriores, partícipes de la rudeza goda y sumidos en la ignorancia que tan de cerca siguió á la decadencia del imperio; mezcla confusa de leyes, de costumbres de lenguage, sin unidad ni espíritu nacional, mal podia presentar España bajo todos los caracteres de sociedad naciente ninguno de aquellos rasgos originales, expresivos, que desde luego anuncian la existencia de una civilizacion progresiva, que no llegó á conocer el imperio godo. Pero durante la dominacion arábiga sucedió todo lo contrario. La sociedad española crecia, se ilustraba; y si bien en siglos mas cercanos á nosotros hemos visto á veces suspenso el curso progresivo de su civilizacion, tampoco podremos olvidar las páginas gloriosas de su historia entre nosotros, reproducidas en las obras de los insignes escritores del siglo de oro de nuestra literatura.

Felicitamos al Sr. Tapia, y nos felicitamos á nosotros mismos, por ver salir á luz una obra de grave empeño y profunda meditacion, en tiempos como los presentes, de suyo ligeros y frívolos, en que solamente se apetecen ligeros halagos á la fantasía, sensaciones fuertes pero fugaces, y nada de hacer trabajar al entendimiento con mengua del deleite.

GARCI-LASO DE LA VEGA.

Episodio histórico del siglo décimo cuarto.

I.

LA EPOCA.

Ya un siglo habia transcurrido del décimo cuarto, y ya las esperanzas que el rey Don Alfonso habia hecho concebir de una paz durable en sus estados, acababan de desvanecerse delante de los muros de Gibraltar. Su muerte, que abrió el camino del trono á D. Pedro su hijo, fue para la España una verdadera calamidad, y tal vez el nombre del nuevo rey se repitiera hoy con aplauso, si las turbulencias, reprimidas tantas veces por su antecesor, de los grandes señores de aquel tiempo, no le hubieran obligado á las demasías que de él se cuentan, y que le han conquistado para la historia el renombre de Cruel.

Habia ya perecido degollada en Talavera doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos D. Tello, D. Fadrique y el conde de Trastamara, que mas tarde debia alcanzar la real diadema por medio de un fratricidio, y el impetuoso D. Pedro, que á pesar de su poca edad habia aprendido á conocer á los grandes del reino, con mas acierto que el rey su padre en sus gloriosas espediciones contra los moros, habia resuelto partir desde Sevilla á la ciudad de Burgos, con el fin de tantear las dificultades y embarazos, que por parte de los que seguian el bando de sus enemigos hermanos tendria que sufrir, y resuelto tambien á esterminarlos con un simple amago de su voluntad.

Entre los hombres que el insaciable D. Juan Alfonso de Alburquerque, favorito de D. Pedro, único magnate, á quien este nunca pudo sondear, habia determinado sacrificar á su venganza ó ambicion, era el principal Garci-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla, que en Burgos moraba tranquilo, y sin mezclarse en las parcialidades que los bastardos por un lado, y la reina viuda doña María con los allegados á la casa de Lara por otro, sostenian con perseverancia y secreto. Pero al mismo tiempo era el caballero á quien con mas ojeriza miraba el jóven rey, entre cuantos en Castilla creia que le dañaban, porque el de Alburquerque le habia indispuesto en su ánimo, bajo pretesto de que las compañías que el adelantado tenia reunidas en Burgos y sus inmediaciones estaban destinadas á talar la tierra, y á hacer traicion á D. Pedro, sosteniendo las pretensiones del conde D. Enrique.

Garci-Laso estaba muy lejos de merecer aquella ojeriza, y la historia ha cuidado de restablecer la buena fama y nombre que le usurpó en tiempos aciagos su desastrosa muerte.

II.

EL ESCAPULARIO.

Dos personas, un hombre y una mujer, se entretenian con sabrosa plática, sentados en cómodos sillones, en un rico estrado de una casa principal de la ciudad de Burgos. Hablaban de la próxima llegada del rey.

— «¿Cuándo debe entrar? preguntó la dama.

— «Mañana sin falta, dijo el caballero; y por Dios que me place, pues su presencia disipará la negra tempestad que empieza á amenazar á Castilla.

— «¿Temes nuevos peligros?

— «Ciertamente, Leonor, no creo que hayan pasado los que puede traernos la muerte de la de Guzman: los bastardos son poderosos señores, y me parece que aun tenemos mucho que ver.

— «Pero tú no debes inquietarte....

— «De ningun modo; mi conciencia y mis manos están inocentes de la sangre que se ha derramado: el autor de todo es el señor de Cea y de Alburquerque.

— «¡Y qué! ¿No hay quién desengañe al rey?

— «¡Desengañarle! Esa seria empresa temeraria.

— «Pues yo....

— «¡Tú, Leonor! Dios me libre de semejante calamidad. ¿Sabes quién es el rey? ¿Le has visto alguna vez?

— «Sí, en Sevilla: hace dos años que le ví.... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué pierdes el color....

— «¿Reparó en tí?

— «Era cerca del anochecer. Yo iba con mi madre

por las encantadas orillas del Guadalquivir, cuando noté que dos caballeros nos seguian: retirámonos al momento, y aquellos hombres no desistieron de su empeño; siguiéronnos tambien hasta el portal de casa.... Mi madre los conoció: el uno era D García Manrique, y el otro Don Pedro de Castilla.»

El caballero no pudo permanecer mas tiempo sentado, y empezó á pasearse agitado por el salon. Al mismo tiempo entró un criado y le dijo, que á la puerta esperaba sus órdenes un escudero de la reina doña María. Sorprendióse al pronto, y dirigiendo una mirada de sobresalto por la habitacion, mandó que entrase el escudero.

—«¿Qué misterios son estos? dijo la dama. Estoy impaciente por saber....

—«Nada temas, Leonor; debe de ser algun mensage que la reina me enviará desde Celada; pronto saldremos de cuidado.

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando entró el escudero, el cual, desabrochándose el vestido, metió la mano en el pecho, y despues de mirar á todas partes, sacó de él un escapulario, y lo puso en las manos del caballero. Examinóle este con cuidado por ambos lados, y al fin se fijó en el que tenia pintada una imágen de nuestra Señora del monte Carmelo, leyó algunas palabras que en él estaban escritas, y poniendo el escapulario en el sillon, dijo al escudero sonriéndose:

—«Puedes decir á quien te envia que estimo el aviso, pero que el dármele es tiempo perdido, porque nada hay que pueda torcer mi lealtad.

—«Tengo encargo de deciros, replicó aquel, que el leon está ya dentro de Burgos.

—«¡El leon! ¡Ah! no me acordaba; asi es como le llaman los traidores. Buen escudero, tú quieres decirme que el rey llegará á Burgos mañana.

—«Mañana no me podréis decir otro tanto. Don Pedro ha entrado en la ciudad hace media hora.

—«¡Sin avisarme!! esclamó el caballero, dejándose caer anonadado en el sillon: ¡Leonor! ¡esposa mia! ¡Pérfido Alburquerque!»

Retiróse el escudero, y doña Leonor se apoderó del escapulario. En él estaba escrito lo siguiente:

«Si mañana domingo se presenta al rey Garci-Laso de la Vega, será muerto por su mandato.»

Un ay! fué lo único que pudo articular aquella dama, y cayó al suelo sin sentido.

III.

EL ENCUENTRO.

Grandes preparativos habia hecho la ciudad de Burgos para celebrar la entrada del monarca de Castilla. Corriéronse aquel dia cañas y sortijas; lidiaron los caballeros soberbios toros, y el rey Don Pedro aplaudió desde el balcon la destreza con que el valiente Garci-Laso su adelantado mayor oscurecía á los mas intrépidos justadores. Pasóse el dia en fiestas y regocijos, y llegó la noche, alegre tambien y bulliciosa para todos los que miraban asegurada la tranquilidad general con la fuga de Don Enrique de Trastamara á Galicia, seguido de la mayor parte de sus parciales; noticia que recibió Don Pedro al mismo tiempo que entraba en la ciudad. La reina doña María no pudo ocultar su conmocion al oir aquella nueva, y dijo al rey: «ahora reinaréis en paz». Miróla Don Pedro con encarnizados ojos, y respondió estas notables palabras: «Si el bastardo ha librado su carne de mis garras, ha dejado por Castilla bastantes huesos en que cebarme.» ¿No me apellidan el leon de España? Pues, vive Dios, que yo haré que no mientan.»

La reina madre se retiró silenciosa; pero ayudada de los allegados que sus dádivas le habian proporcionado al rededor de su hijo, logró saber poco despues, que el Zurdo, capitan de los ballesteros, habia recibido órden de prevenir su gente para el siguiente dia, y que se habia pronunciado el nombre de Garci-Laso en la cámara del rey. Doña María sospechó la verdad, y envió al adelantado el escapulario que ocasionó el accidente de su esposa doña Leonor.

Garci-Laso no se dejó abatir por tan inesperado golpe. Conoció que algo habia que temer en los primeros momentos; pero ignoraba que un simple recelo en el ánimo de Don Pedro equivalia á una sentencia de muerte. Hallábase inocente de toda trama; confiaba ademas en el afecto que el rey le habia demostrado en Sevilla, y no dudaba burlar las tramas de su enemigo Alburquerque, por mucho que este le hubiese perjudicado en el ánimo de aquel. En vano doña Leonor deshecha en lágrimas quiso persuadirle á que se escondiese; en vano le instó desesperada á que tomase la fuga.—No, dijo el buen caballero abrazándola; entonces mereceria con justicia el nombre de traidor y de desleal, que nadie, ni el rey, puede hoy echarme en cara.—Y vistiéndose sus mas lucidas galas, montó un arrogante corcel, y corrió á la plaza, en donde su destreza y habilidad le ganaron universales aplausos.

Al volver á su casa dijo á doña Leonor:—«Esposa mia, todo vá bien; el rey me ha victoreado, y hé aquí un billete de su puño, en que me pide vaya mañana á palacio *para hacerme merced.*

—«Mañana es domingo, repuso doña Leonor.

—«Es verdad; pero no hay otro dia, pues Don Pedro se marchará el lunes temprano. ¿Crees pues que me matará?

—«Mi corazon solo recela desgracias desde que recibiste el fatal escapulario.

—«Sosiégate; estas letras deben tranquilizarnos: *para haceros merced.*»

Concluido este corto diálogo, embozóse en su ancha capa, y salió á recorrer la ciudad, de cuyo sosiego estaba encargado.

Las doce serian de la noche cuando pasando el adelantado por delante de su casa, reparó que dos bultos cruzaban la calle y desaparecian en la oscuridad. Siguiólos con sigilo, y vió que dando vuelta á la primera esquina se detuvieron: hízolo él tambien y oyó su conversacion.

—«Hermosa es la doña Leonor como una perla, dijo el uno fingiendo la voz.

«Esa es una de vuestras muchas locuras, le contestó el otro: es preciso que abandoneis esta aventura.

«¡Abandonarla! Ni por pienso: eso será cuando haya conseguido mi gusto, antes no. ¿Habeis reparado con qué orgullo nos ha dado con la ventana en los hocicos?

—«Eso prueba que habeis perdido el juego.

—«Eso prueba que necesito envidar mas fuerte, y si es preciso echar el resto: por lo demas estoy seguro de ganar la partida, porque doña Leonor al fin es mujer, y las mujeres se resisten, pero al fin ceden temprano ó tarde.»

A este tiempo vió Garci-Laso que otro hombre se acercó á los dos interlocutores: estos hicieron ademan de dejarle la acera, y aquel les dijo:

—«Caballeros, si lo sois, retiraos á descansar, que es tarde; y si nó, retiraos tambien, que el rey Don Pedro está en Burgos, y en su nombre os lo requiero.

—«Haceos vos de largo, seor corchete, dijo el que

antes habia hablado el último, y decid al rey Don Pedro de mi parte que venga á echarme de aquí.

— «¡Cómo! ¡Traidores! replicó el corchete; y gritando *favor á la justicia*, arremetió espada en mano con los dos rondadores. Tiraron estos de las espadas, y poco tardó en conocer el hombre de la justicia que se las habia con diestros espadachines, pues tanto le acosaron, que tuvo por prudente irse retirando poco á poco, y defendiéndose de las furiosas estocadas que á oscuras le dirigian.

— «Matémosle por si nos ha conocido, dijo el uno.

— «Nada de eso, repuso el compañero; él cumple con su deber.»

La suerte del combate se cambió repentinamente, porque apareciendo Garci-Laso al lado del partido mas débil, acometió con furia á los del otro, diciéndoles: daos á prision, miserables, ó por Cristo, que os pase á estocadas. Y tantas les tiró, que hubieron de ponerse á la defensiva.

— «Garci-Laso es, gritó uno de ellos.

— «*Sí*, dijo este, Garci-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla: en nombre del rey os intimo que os estéis quedos, si no quereis morir.

— «Quedos estamos, buen caballero, repuso el mismo: ahí está mi acero, que no os entregaré, pero que pongo en el suelo, *como en prenda de paz*. Avanzad ahora y reconocedme; pero decid á ese hombre que se retire algunos pasos, porque me importa que solo vos me veais.»

Hízolo así Garci-Laso; adelantóse hácia el desconocido; sacó de debajo de la capa una linterna sorda que siempre llevaba de noche, y retrocedió esclamando:

— «¡El rey!!

— «No; el leon», replicó este: y cogiendo su espada, se metió por una callejuela inmediata. El que le acompañaba le siguió en silencio.

Garci-Laso se retiró pensativo, mas apenas entró en su casa, salióle al encuentro doña Leonor pálida y llena de zozobra.

— «¿Le has dicho que eres mi esposa? la preguntó el adelantado; y se conocia que de la respuesta que esperaba dependia la decision de su suerte.

— «¿Qué me preguntas? ¿A quién has encontrado?

— «A Don Pedro de Castilla.

— «¡Al rey!

— «Sí, al rey; al mismo que te siguió en Sevilla; al mismo á quien no hace una hora has cerrado la ventana.

— «¡Dios mio! ¡Era él!

— «Sí, él, él: pronto, pronto. ¿Qué te ha dicho?

— «Que me ama.....

— «¿Y tú?.....

— «¡Yo!.....¿Y mé lo preguntas? Le he declarado que estoy casada, y que es vana su pretension.

— «¿Me has nombrado?

— «Ha insistido en su propósito, y le he vuelto las espaldas sin responderle.

— «¡Ah! Ven á mis brazos: me has salvado la vida.»

IV.

EL REY Y EL LEON.

El dia siguiente almorzaba lleno de alegria el rey Don Pedro en el *Sarmental*, nombre que se daba al palacio del obispo, en el cual se habia aposentado. Rodeábanle varios señores de su córte, el principal de los cuales, Don Juan Alfonso de Alburquerque, distraia su atencion, narrándole las diferentes prisiones que aquel dia se habian hecho en la ciudad, señaladamente la de tres vecinos de Burgos, tenidos por del partido del conde de Trastamara, cuando le anunciaron la llegada del adelantado mayor, que con sus cuñados Ruy Gonzalez de Castañeda, y Pero Ruiz Carrillo esperaba en la antesala las órdenes de su alteza. Al mismo tiempo entró en la cámara del rey la reina doña María.

— «Madre mia, y señora, la dijo D. Pedro, sin moverse de su sitial, espero que ya estareis contenta conmigo, pues empiezo á gobernar el reino con arreglo á vuestros consejos: pronto vereis que aspiro á merecer el nombre de *justiciero*. Que entre el adelantado, añadió, dirigiéndose á un escudero.

La reina entonces le miró de pies á cabeza, y le respondió con desdeñosa sonrisa:

— «Ya veo, hijo mio, que empezais á merecer el dictado de *Cruel*.»

Y sin detenerse mas, salió del aposento, acompañándola Don Vasco, obispo de Palencia, su canciller mayor.

Entró Garci-Laso, y parándose á pocos pasos de la mesa del rey, se descubrió, y le hizo acatamiento. Don Pedro hizo una seña con la mano, y todos los caballeros, menos el de Alburquerque, se fueron de la sala: en seguida, clavando los ojos en el adelantado, le dijo:

— «No estabais la noche pasada tan humilde como en este momento.

— «La noche pasada, respondió Garci-Laso, no me ha visto vuestra alteza.

— «Alburquerque, mirad lo que dice: vos me acompañábais, y tuve que descubrirme á él para que no me matase.

— «Afirmo, Señor, que no he visto á vuestra alteza, cuando vuestra alteza dice. No ha habido en Burgos mas novedad en toda la noche, que el haber tropezado yo con un mozo que hacia resistencia á la justicia, pero he olvidado su nombre.

— «Sin embargo, el mozo se acuerda muy bien de que obrásteis como un leal servidor del rey Don Pedro. Por eso os hace merced de veinte cuentos de maravedís.

— «Señor, tan alta recompensa....

— «Esto por lo de anoche, como rey: como leon, os debo otro premio mayor.

— «Vuestra alteza puede disponer de mi vida y hacienda.

— «Decidme ahora, señor adelantado, ¿á qué servicio destinais las compañías que habeis reunido en Burgos, en S. Esteban y en Celada?

— «Al de vuestra alteza.

— «Mirad que no me engañeis.

— «Si hay quien lo contrario diga, desde ahora afirmo que es un impostor y un infame. Las compañías son de vuestra alteza al momento que quiera disponer de ellas.

— «Ya pienso hacerlo. Entre tanto *id con Dios, buen Garci-Laso*, ya que sois tan leal servidor, como valiente vasallo.»

Garci-Laso besó las manos al rey, y salió; pero en la antecámara halló al alcalde Domingo de Salamanca, que con cuatro escuderos le esperaba. Las puertas del aposento permanecian abiertas, y el de Alburquerque gritó al alcalde:

— «*Bien sabeis lo que tenedes de facer.*»

Este detuvo á Garci-Laso, que empezó á creer la terrible verdad; acercóse despues á la cámara, y dijo al rey.

— «*Señor, vos mandad eso; ed yo non lo diria.*» Y el rey furioso se levantó, y todos le oyeron gritar: «*Ballesteros, prendad á Garci-Laso.*»

Prendiéronle en efecto, y le maniataron con crueldad,

sin que pudiese oponer la menor resistencia, puesto que ninguna arma llevaba; pero su serenidad no le abandonó un instante, y viendo á su amigo Ruy Fernandez de Escobar, que casualmente entraba en aquel momento, le rogó que contase á su esposa doña Leonor y á sus hermanos el triste caso en que se hallaba, y que les digese que moria por bueno.

El rey se volvió á sentar á la mesa, y Garci-Laso le dijo: mándeme dar vuestra alteza un clérigo con quien me confiese. D. Pedro miró á Alburquerque, y este ordenó que se llamase á un confesor.

Ruy Fernandez de Escobar avisó lo que sucedia á doña Leonor, cuyos hermanos huyeron sin perder tiempo, librando así sus cabezas del furor del rey; pero ella corrió á palacio resuelta á perecer ó á salvar á su esposo.

En el mismo instante que ponia el pie en la antecámara, resonó en su corazon la tremenda voz de D. Pedro, que dijo al ballestero Juan Ruiz: *Matad á Garci-Laso de la Vega.* Sus fuerzas la abandonaron, y solo tuvo lugar de ver que los ballesteros descargaron sus ferradas mazas sobre la cabeza de su infeliz esposo. El dolor la mató.

Viólo D. Pedro desde su sitial, y creyéndola desmayada, dijo á Alburquerque. Ya lo veis: he ganado la partida; pero si no socorreis á doña Leonor, no se atreverá á llegar hasta mí. Y viendo á la reina que estaba llena de inquietud por la suerte del adelantado, procuró sosegarla, diciendo:

— «No os asusteis, señora; no es gran cosa: uno de los huesos que en Castilla me han dejado los bastardos.»

Arrojaron á la calle el cuerpo de Garci-Laso, y el rey D. Pedro siguió almorzando con la mayor tranquilidad.

Aquel dia obsequió á su monarca la ciudad de Burgos con una famosa corrida de toros.

J. M. DE ANDUEZA.

ANIBAL [1].

Ese fue el hombre extraordinario que logró ser temido de las cohortes de Roma como á su mas poderoso enemigo: este el cartaginés que los mallorquinos tuvieron por paisano hasta que la pluma del distinguido académico D. Miguel Salvá manifestando cual era su verdadera patria, corrigió la doctrina de Plinio, que apoyada por personas de mas crédito que verdadera crítica, habia sido esparcida otra vez por uno de los parasitos de nuestra literatura. Anibal, este coloso de los héroes que ha llenado al mundo de su fama, nació en Cartago y no en la isla Conejera. Floro, lib. 2, cap. 6, y el historiador Megalopolitano, lib. 3, cap. 11, dicen que contaba 9 años cuando vino á España, y que aquí fue educado, y llegó á ser hombre culto y de conocida ilustracion. Nepote le hace discípulo de griego de Solino Lacedemonio, y aprovechó tanto en aquel idioma, que á mas de escribir en él la historia del Proconsulado de Gneo Manlio en Asia, segun Voss., de hist. graec., lib. 4, cap. 13, elevó en Italia un monumento á Juno Lacinia con una inscripcion púnica y griega que, como escribe Livio, lib. 28, cap. 46, contenia la historia de sus hechos. Pero sus hazañas belicosas fue lo que mas contribuyó á inmortalizar su nombre. Jura á su padre Amilcar, gobernador de las islas Baleares, un encono eterno contra Roma: une las fatigas de soldado á los estudios de general, y llega á ser un escelente militar aun antes de los 15 años. Habia cumplido la edad de 26, cuando á los 219 antes de J. C. se le confia el mando del ejército que sus paisanos los cartagineses habian reunido para vengar los ultrajes de los romanos, y tomando á estos la ciudad aliada de Sagunto, en cuya jornada sirvieron con valor los isleños baleares, segun Escolano, recoge en una série de acciones los mas gloriosos laureles.

Dadamos si los 8500 fundibularios mallorquines, que, segun Florian, tan temibles se hicieron por la destreza con que arrojaban los glandes, pasaron ya con Anibal á Italia, ó si se incorporaron despues á su ejército; pero lo que es cierto, que atravesando con ellos el *Rodano* se avanzó en 10 dias hasta el pie de los Alpes, causándole el peligroso tránsito por estas montañas las mas penosas fatigas, pues los hielos, nieves, peñascos y precipicios parece que se habian agolpado á la vez para impedir su paso. Los bibliógrafos franceses, de donde hemos sacado esta especie, dicen que despues de 14 dias de viajar por montes y por valles entró en el llano, donde tuvo el disgusto de ver que su numeroso ejército de 60.000 hombres se habia reducido á 26.000. Anibal, á pesar de tan considerables pérdidas tomó á Turin, destrayó las cohortes de Cornelio Scipion, que encontró acampadas al borde del Tesino, y poco despues dispersó las de Sempronio, no muy lejos de la ribera de Trevie. Esta memorable batalla dió un golpe fatal á los vencidos, y los vencedores, estrujados del frio mas vigoroso, no tuvieron la satisfaccion de recibir con gusto los timbres que recogieron en una victoria que tanta gloria habia de atraer á Cartago. Hasta 217 no logró el general Anibal vencer á Neyo Flaminio que quedó muerto con 15.000 romanos junto al lago de Trasimenes, y de los 6000 prisioneros que hizo en aquella ocasion, únicamente dió libertad á los latinos.

Afligida la república con tantas pérdidas, creyó que el modo de repararlas algun tanto era elegir dictador á Q. Fabio Máximo, capitan valeroso que desde un principio solo se ocupó en observar los movimientos de Anibal, ocultarle los suyos, y fatigarle por medio de repetidas marchas. Esta conducta de Máximo, y el no haber querido exponerse á un combate desventajoso, le hizo poco recomendable entre los romanos; asi es que la autoridad y el mando se dividió despues entre él y Minucio Felix. Terminado el tiempo de la dictadura entraron á reemplazar á estos últimos Terencio Varro y Paulo Emilio, que fueron vencidos en el año 216 en la batalla de Cannes, á costa de 5630 caballos de Anibal que perecieron en este combate. El general cartaginés, en vez de pasar á Roma para aprovecharse de las riquezas que le proporcionaron sus victorias, quiso hacer aquel invierno en Cápua; pero las delicias de esta ciudad fueron, segun Tito Livio, tan dañosas á sus soldados, como útiles habian sido sus armas para sembrar el terror y el luto entre los romanos. Tal es el modo de pensar de Livio y de otros historiadores mas moralistas que políticos, que en nada coinciden con la opinion del célebre Condillac, pues segun este sabio

(1) El autor de este artículo es nuestro colaborador y amigo Don Joaquin María Bover, de la Academia de la historia; y el retrato que lo acompaña se ha sacado del tomo 3.° del *Tesoro de antigüedades griegas* de Jacobo Gronovio, y se ha cotejado con el que existe en el salon de sesiones del Ayuntamiento de Palma entre los de los mallorquines ilustres en virtud, letras y armas.

filósofo, es falso que los placeres de Cápua afeminasen é hiciesen perder la disciplina de los soldados de Aníbal. Sin salir este de Italia se mantiene 14 años, tomando ciudades y ganando victorias; pero Roma, que de cada dia hacia mayores esfuerzos, levanta en un año 18 legiones, y llega á tiempo de poder causar al ejército de Cartago una decadencia notable, como asi lo quiere Polivio. Mas Aníbal era valiente, y la disminucion de sus tropas no fue parte á contener el proyecto de poner sitio á la capital del mundo, aunque lo hubo de levantar en 211 á causa de las lluvias, hielos y vientos, sin haber podido saludar los muros de Roma. El cónsul Marcelo viene en seguida á batirse con él en tres distintos combates que hicieron retirar á Aníbal, mientras que Asdrubal su hermano se dirigia á Roma para socorrerle, encontrando no muy lejos á Claudio Neron que destruyó su ejército, y le dió muerte en batalla. Neron entró otra vez en su campo, y cojiendo la cabeza ensangrentada de Asdrubal, mandó ponerla á la entrada del de Aníbal. La pérdida de un hermano, que tanto amaba por sus virtudes, no pudo menos de consternarle, y le obligó á pasar á Africa para llorar su muerte y para salvar á Cartago, que apretada por todas partes sentia interiormente los efectos de una guerra tan ruinosa. Entonces hubo una entrevista entre Aníbal y Scipion, y no habiendo querido este entrar en negociaciones sin que antes el Senado de Cartago hubiese hecho las reparaciones al de Roma, no asintió á lo propuesto por el cartaginés, sino que viniendo á batalla en el año de 202 la perdió Aníbal no lejos de Zama con muerte de 40.000 soldados de su cohorte. Esta funesta jornada movió á los cartagineses á procurar la pacificacion de su patria por medio de tratados con Roma, y Aníbal, avergonzado de ser testigo del oprobio de la ínclita Cartago, se refugió al palacio de Antíoco, rey de Siria, y diciendo: «*libremos á los romanos del terror que les inspiro*», tomó un tósigo que le quitó la vida á los 64 años en el de 183 antes de J. C. Polivio Megalopolitano dice que estuvo casado con Imilce, dama española, natural de Castulo.

Tito Livio representa á Aníbal con una crueldad inhumana, con una perfidia mas que cartaginesa, sin religion, y sin respeto á la santidad del juramento. Disimulando nosotros lo que podia quedarle del carácter y vicio de su nacion, creemos que los hechos atribuidos á Aníbal por el historiador latino son precisamente apócrifos como nacidos del encono que contra él llevan los romanos. Un valor mezclado con la sabiduría, una firmeza que nada la turbaba, un perfecto conocimiento de la ciencia militar, una escrupulosa atencion para observarlo todo, una actividad sin igual, han hecho creer indudablemente que Aníbal fué el mejor de los generales que ha tenido el mundo. Cultivó las letras en medio del tumulto de las armas. Son muchos los escritores que, objetándole no haber llevado su ejército victorioso despues de la batalla de Cannes, repiten lo que en aquella ocasion le dijo Maharbal, capitan cartaginés: «*Aníbal, vos sabeis vencer, y no sabeis aprovecharos de la victoria.* Otro autor mas juicioso dice que Maharbal no tuvo motivo para pronunciarse con tanta ligereza contra general tan benemérito.

JOAQUIN MARÍA BOVER.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN